

crítico y reflexivo que pone de relieve las mismas dificultades de definición y de sistematización que se habían apuntado con el cuento propiamente dicho. En estas aportaciones vemos cómo las fronteras entre el microrrelato, el poema en prosa, la anécdota o la fábula son casi siempre poco nítidas.

En definitiva, esta obra aporta al panorama bibliográfico no sólo la pertinente aproximación a un tema tanto de práctica como de interés actual en el ámbito de la crítica y la teoría literaria sino también conclusiones muy precisas y valiosas sobre los grandes cultivadores del género cuentístico en nuestro país. Sin olvidar, no obstante, lo que se viene gestando en los últimos años en la creación y en la crítica al respecto fuera de nuestras fronteras. Un espejo vivísimo de la teoría y práctica del cuento de nuestra más reciente historia literaria

Universidad Complutense de Madrid

OLGA ELWES AGUILAR

E. Inman Fox. *Ensayos sobre la obra de Azorín*. Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2000, 132 pp.

Los nueve artículos compilados en este breve libro ofrecen una visión panorámica de la crítica que a lo largo de su carrera ha publicado el profesor Inman Fox, uno de los mejores especialistas en la obra del escritor alicantino. El motivo principal de la obra —según se señala en su Introducción— es el análisis de un aspecto mal estudiado de Azorín: la ideología de su periodismo político, aunque, según veremos, los artículos que estudian directamente la ideología política del ensayista son sólo los cinco primeros, los otros cuatro tratan de temas teóricos y epistemológicos.

La primera mitad del libro analiza con detalle los espectaculares giros ideológicos del escritor español, desde su anarquismo de juventud a su entusiasmo inequívocamente franquista. Fox presenta con rigor las fuentes de inspiración del primer Azorín, el de las posturas contra el Estado, la Iglesia, y el matrimonio, el ávido lector de Koprotkin y Faure; es la época de la «sociología criminal» (1899), donde se llega a responsabilizar al «stablishment» de la delincuencia común. De ahí, Fox pasa a estudiar la transformación de Azorín en entusiasta admirador de Antonio Maura y miembro del partido liberal-conservador. La pirueta ideológica del escritor alicantino fue espectacular y el profesor norteamericano acierta a presentarnos un tesis plausible: la del Azorín cansado, enfermo y «derrotado» de 1902 a 1905, que pasa por una de crisis espiritual que se puede trazar con cierta coherencia en su obra de ficción (*La voluntad*, *Confesiones de un pequeño filósofo*). También válida nos parece la opinión de Fox cuando explica así la verdadera profundidad del compromiso político en Azorín:

Azorín nunca se ha inspirado en la realidad externa, ni en su época anarquista, ni en sus estampas del paisaje y vida castellanos. No es un observador, es un lector solitario que depende de la inspiración de un libro, leído entre las cuatro paredes, tantas veces descritas por él. (...). Que sepamos, no visitó las fábricas, las minas o los campos, ni participó en la organización de los círculos obreros, ni asistió a las reuniones de los anarquistas. Sólo actuó como un intelectual, formulando su doctrina en las columnas de los periódicos (37).

En el capítulo 3, *Azorín y la coherencia*, el crítico norteamericano justifica este cambio ideológico al explicar que el conservadurismo maurista de Azorín se fundaba en la necesidad de conectar con el pasado, que este espíritu conservador venía a ser más un nuevo tradicionalismo «ilustrado» que un reaccionarismo anti-obrero. Azorín, mantuvo un «liberalismo instintivo» y una actitud anti-caciquil, preocupado siempre por la modernización de España y por la llegada de una auténtica democracia que incluyera a los pobres y a las mujeres. Donde la evolución política de Azorín es más difícil de justificar es en su transformación al fascismo inmediatamente después de la Guerra Civil. Si las primeras transformaciones —de anarquista a maurista y luego a republicano— podían sostenerse desde una cierta lógica vital, ésta última —hacia un franquismo entusiasta— nos parece mucho menos «estética». En el capítulo *Azorín en la posguerra* se analiza la posición ya claramente fascista del Azorín de los años cuarenta sin «paños calientes», a pesar de lo cual el profesor Fox se las arregla para mostrar el lado humano de un Azorín psicológicamente «derrotado», asustado por la posibilidad de tener que vivir en la aborrecida Francia, pues su breve exilio en París «no fue por razones políticas, sino psicológicas». Fox se pregunta lo mismo que se preguntaría cualquier lector: ¿oportunismo? ¿cobardía? ¿crisis sinceras? Y tiene el buen gusto de no ofrecernos una respuesta definitiva, o, lo que es casi lo mismo, cree que hubo un poco de todo, con lo que deja que el lector saque sus propias consecuencias.

Desde el punto de vista de la crítica literaria, la segunda parte del libro —los últimos cuatro artículos— es la más interesante. En *Azorín y la nueva manera de ver las cosas* Inman Fox presenta su propio análisis del minimalismo estilístico del ensayista alicantino. Si en Ortega la llamada «realidad» se instala en la confluencia entre las cosas y la «razón vital» de quien las observa, en Azorín ésta reside en el acto de conocer. Se profundiza aquí en los muy interesantes aspectos epistemológicos del impresionismo «pictórico» azoriniano. La realidad no existe fuera del mundo observado; siguiendo a Schopenhauer el mundo se equipara a su representación, de ahí la importancia del detalle, de «la nueva manera de mirar el mundo». Fox encuentra también en el anti-idealismo de Azorín coincidencias con el filósofo americano William James donde «se atribuye

a la conciencia un papel activo y selectivo en la experiencia de la realidad» (91). Pero este anti-idealismo tampoco le lleva a ninguna forma de realismo materialista. El profesor norteamericano ve en la actitud de Azorín un aspecto psicológico que queda muy bien engarzado con la posición filosófica; Fox ve al pensador, pero ve también al hombre: «su propia sensibilidad de observador solitario y melancólico, caracterizado por cierto sentido de resignación sin gesto trágico ante lo irremediable y por una sensación de inquietud y desasosiego, domina la manera en que (Azorín) interpreta o aprehende el mundo externo» (92). Estamos, pues, en las antípodas del «mejor de los mundos posibles» de Leibnitz.

Este templado desasosiego, en difícil equilibrio entre el idealismo y el materialismo, presenta en Azorín una vertiente geográfica interesante: el interés por el paisaje en la región menos colorista y exuberante de España, Castilla, por decirlo de alguna manera, el lugar de estética menos «obvia». Junto al minimalismo visual y descriptivo se justifica ahora un cierto minimalismo vital, el de la actitud callada y resignada de los castellanos ante la vida...

despreocupación, indiferencia, desdén. Se encierra en las cosas y tipos de los pueblos, según él, un ritmo eterno que describe la psicología de la raza española: la resignación y el dolorido sentir («ya es tarde»), la sumisión y la inercia ante los hechos (¿qué le vamos a hacer?) y la idea abrumadora de la muerte. La verdad, sin embargo, es que todo contacto de Azorín con la realidad concreta es condicionado por la conciencia o perspectiva que él mismo impone» (92).

Lo que fascinó al ensayista español es lo mismo que fascinó a toda la generación del 98: la «sumisión» del castellano —y por extensión del español— frente a la faceta más patética de la vida, lo cual no tiene nada que ver con una sumisión personal frente a nada o frente a nadie, una idiosincrásica combinación de orgullo y resignación.

Igualmente agudo es el análisis crítico del capítulo *Azorín y la invención de la cultura nacional*, otro aspecto de la obra azoriniana largamente estudiado por Fox durante su carrera profesional. Las ideas contenidas en este capítulo vienen a complementar las del capítulo tercero, *Azorín y la Coherencia*, donde se comparaba la idea de la evolución en la historia cultural de Azorín con la intra-historia de Unamuno. En aquel capítulo se presentaban ambas concepciones como productos del misticismismo krausista español —vía Giner de los Ríos— en éste se da un paso crítico más: se «desconstruye» —partiendo de las teorías de Ernest Gellner— la realidad dada de lo «español», presentando la visión azoriniana de «continuidad nacional» como una construcción básicamente libresca. Para dar con la clave de lo realmente «nuestro», lo estable y duradero del ser español, Azorín optó por escoger un determinado corpus literario, lo que implicaba, obviamente, un acto de desechar o marginar determina-

das obras literarias y aspectos concretos de la historia española. Esta labor de seleccionar y rechazar, ...«de buscar una definición de la mentalidad española a través de la interpretación literaria (...) tiene no poco que ver con la formación del canon de la literatura española que sigue hoy en gran parte intacto. Este tema —que a mí me parece importante para la historia cultural de España— queda por estudiar a fondo» (107).

El anteúltimo artículo del libro, *La campaña teatral de Azorín*, viene a ser una apología doble: por una parte se exalta la visión muy moderna de la crítica teatral del ensayista español, y por otra, se insiste en la necesidad de estudiar con más profundidad la obra dramática del propio Azorín. Fox destaca el meritorio esfuerzo realizado por el escritor alicantino para estimular la renovación del teatro español de los años veinte, anquilosado, con honrosas excepciones, en fórmulas decimonónicas de estética burguesa. Azorín fue sensible a la enorme revolución escénica de las vanguardias, de los Pirandello, Cocteau, Evreinoff, Giradoux, etc., recibiendo sus novedades con verdadero entusiasmo. El mismo intentó asimilar en su producción dramática algunas de estas novedades. Inman Fox no explica, sin embargo, la falta de vida y de fluidez en la acción de las obras más conocidas de Azorín —las de la trilogía *Lo Invisible*—, víctimas de un filosofismo que no entretiene al espectador. Pero el argumento central del profesor americano sigue siendo válido, que «lo escrito hasta la fecha ha hecho poco para esclarecer el papel de Azorín como renovador de la escena española» (114).

La recopilación de artículos de Inman Fox en este libro sobre Azorín significa una muy valiosa aportación al conocimiento del ensayista alicantino y, por extensión, de la Generación del 98. La profundidad del conocimiento de la obra de Azorín queda de manifiesto a lo largo de todo el libro. Nos hubiera gustado, sin embargo, que Fox hubiera esmerado un poco más el estilo en algunos de los capítulos; así, por ejemplo, la excesiva repetición de expresiones como «así es que» o el uso de anglicismos como «todo está bien con», «inválido» (por «no válido»), o «tener en mente». Pequeños detalles que afean el texto.

Winthrop University

PEDRO M. MUÑOZ

Enrique Rubio Cremades, *Panorama de la novela realista-naturalista española*. Madrid, Castalia, 2001, 717 pp.

En el presente *Panorama de la novela realista-naturalista española*, el profesor Enrique Rubio examina el estado de los estudios sobre estos movimientos literarios en el campo de la novela en España desde los primeros trabajos críticos de Emilia Pardo Bazán en 1883 y de Juan Valera en 1887 hasta el presente. En esta revisión y puesta al día advierte el interés que han despertado en la crítica en las últimas décadas autores como Galdós, Pereda, Pardo Bazán y Clarín.